

Poemas inéditos

de Jaime Torres Bodet

CREPUSCULO

La noche de verano alarga
—sobre el biombo del cielo—
su cuello de garza
y pesca, en las orillas del silencio,
la concha de la luna sonrosada.

Te acercas más a mí. Te cubre entera
con su kimono de seda estrellada
la noche de los cuentos orientales,
y en tus ojos, la sombra se levanta
como el vaho del opio en lenta espira,
mientras la piel bañada
de tu cuerpo de uva y de ciruela,
al viento del crepúsculo, derrama
el fresco aroma de un campo de arroz
coronado de grullas y de garzas.

Como las ramas del bambú
son quebradizas tus palabras.
Y como tus cabellos lacios
es el artificio de tu sencillez refinada.

Tus besos saben a té recién hecho,
bebido en dedales de porcelana,
y tienes en quietud, en gracia, en gesto,
esa desnuda elegancia
de los salones cuyo mobiliario
lo forman una rama
de crisantemos blancos, en el vaso del aire,
y ese pañuelo de seda azul
que la tarde, después de la lluvia,
pone a secar en las ventanas...

EL PUEBLO

Aquella ciudad se caía,
por los atajos de la sierra,
en calles de juguetería.
Como en las tarjetas postales
estaban llenas de palomas
las iglesias municipales,
y tenía una antigua fuente
que, como un corazón cansado,
se secaba súbitamente.

No había en esa población
más gente adulta que el silencio,
ni más ciudadano que el sol.

Todos los niños del planeta
estaban ahí reunidos,
comiendo frutas en las huertas,
robando nidos al vergel
y dejando, en las horas lentas,
untadas sus risas de miel.

Un arroyo de plata viva
cortaba el campo y la ciudad
en dos mitades de alegría.
El campo era de los pájaros
y la población, de los niños:
el cielo a todos hace hermanos.

No vi, en las calles, más que un viejo:
mi corazón, que, al inclinarse,
de un manantial hizo un espejo.

Cuando partí, llevaba lleno
el recuerdo, de sol hermoso
y me sentía alegre y bueno.
Los que me veían pasar
me sonreían desde lejos,
y se ponían a cantar,
y una muchacha que encontré
me dió vergüenza de estar triste
y siempre—¡siempre!—la amaré...

LLUEVE

Vas a llorar pronto.
Ya el cielo se hace
chiquito en tus ojos.

CANCION DE UNA TARDE DEL TRÓPICO

Venía de lejos.
Traía en las manos
un maduro racimo de agosto.
En la piel de las uvas, untado,
un polvillo fragante de musgo
daba anhelos de beso y de canto
a la sed juvenil
de los labios...

Venía de lejos.
Traía en los hombros trigueños
un cántaro fresco...
¡Se hubiera querido besar en la piel de esos hombros
la huella del barro,
a través del percal de la blusa,
la huella olorosa del agua en la tierra porosa
que entreabre a la brisa del huerto, después de la lluvia,
la roja eglantina y el lirio morado!

Venía de lejos.
Ondulaba la tierra a su paso
en espigas pesadas de anhelo,
y su pausa mecía el silencio,
en columpio feliz, a los pájaros.
El azul de la sólida altura
desplegaba en los brazos alzados.
Como un ánfora de oro, llevaba
el cielo en los brazos en alto.

Venía de lejos,
y su andar completaba su canto.
La miré dulcemente en los ojos.
Eran claros sus ojos, tan claros
que sentí, en lo más tibio del alma,
la frescura de un huerto regado,

La besé dulcemente en los párpados finos.
Aleteaba la piel de sus párpados
con un vago temblor, sobre el iris
de los húmedos ojos dorados...